

Revolución digital y medios de comunicación: transformaciones en la cognición social contemporánea

Digital revolution and media: transformations in contemporary social cognition

Révolution numérique et médias : transformations dans la cognition sociale contemporaine

Revolução digital e mídia: transformações na cognição social contemporânea

Gira A. Nenzen

Universidad de Panamá, Facultad de Comunicación Social. Panamá

giranenzen@gmail.com

 <https://orcid.org/0009-0002-9804-1873>

DOI <https://doi.org/10.48204/contacto.v5n2.9575>

Recibido: 17/06/2025

Aceptado: 31/08/2025

RESUMEN

La revolución digital constituye un punto de inflexión histórico que ha transformado radicalmente los medios de comunicación y, concomitantemente, está reconfigurando los procesos cognitivos, sociales y culturales de la humanidad. El presente artículo tiene como objetivo analizar la influencia bidireccional de esta revolución: por un lado, examinar las transformaciones estructurales en el ecosistema mediático; por otro lado, explorar su impacto en la cognición social, particularmente en la fragmentación atencional, la construcción de identidades performativas y la reconfiguración de las memorias colectivas. La metodología empleada consistió en una revisión sistemática de literatura científica, abarcando publicaciones académicas indexadas en bases de datos como Scopus, Web of Science y Google Scholar durante el período 2010-2024. Se seleccionaron estudios provenientes de disciplinas diversas — comunicación, psicología cognitiva, sociología digital y estudios culturales— que abordan tanto los fundamentos tecnológicos como las consecuencias psicosociales de la digitalización. El análisis se estructuró en torno a cuatro ejes temáticos: transformaciones mediáticas, impacto cognitivo, riesgos estructurales y oportunidades emergentes. Por una parte, emergen riesgos significativos: la desinformación organizada erosiona la confianza institucional; las brechas digitales reproducen desigualdades preexistentes; la hipereposición genera patologías como ansiedad, FOMO y fragmentación atencional. Por otra parte, se constatan oportunidades históricas: democratización sin precedentes del conocimiento, innovación educativa basada en el aprendizaje personalizado y colaborativo, y expansión de una cultura participativa que libera la creatividad colectiva. El futuro de la sociedad digital dependerá de la capacidad para potenciar estas oportunidades mientras se mitigan los riesgos, construyendo un ecosistema tecnológico al servicio del bien común.

Palabras clave: revolución digital, medios de comunicación, cognición social, desinformación, brecha digital, cultura participativa.

ABSTRACT

The digital revolution constitutes a historical turning point that has radically transformed the media and, concomitantly, is reshaping humanity's cognitive, social, and cultural processes. This article aims to analyze the bidirectional influence of this revolution: on the one hand, to examine the structural transformations in the media ecosystem; on the other hand, to explore its impact on social cognition, particularly on attentional fragmentation, the construction of performative identities, and the reconfiguration of collective memories. The methodology employed consisted of a systematic review of scientific literature, covering academic publications indexed in databases such as Scopus, Web of Science, and Google Scholar during the period 2010-2024. Studies were selected from diverse disciplines — communication, cognitive psychology, digital sociology, and cultural studies— that address both the technological foundations and the psychosocial consequences of digitalization. The analysis was structured around four thematic axes: media transformations, cognitive impact, structural risks, and emerging opportunities. On one hand, significant risks emerge: organized disinformation erodes institutional trust; digital divides reproduce pre-existing inequalities; overexposure generates pathologies such as anxiety, FOMO, and attentional fragmentation. On the other hand, historic opportunities are evident: unprecedented democratization of knowledge, educational innovation based on personalized and collaborative learning, and the expansion of a participatory culture that unleashes collective creativity. The future of the digital society will depend on the ability to enhance these opportunities while mitigating the risks, building a technological ecosystem at the service of the common good.

Keywords: digital revolution, media, social cognition, disinformation, digital divide, participatory culture.

Introducción

Vivimos inmersos en una paradoja histórica: nunca antes la humanidad había tenido un acceso tan democrático e inmediato a la información, pero nunca antes, también, su percepción de la realidad había sido tan maleable y fragmentada. La revolución digital, lejos de ser una simple evolución tecnológica, constituye un auténtico punto de inflexión histórico, equiparable en magnitud a la invención de la imprenta o la Revolución Industrial (Chul Han, 2021). Este ensayo tiene como objetivo analizar la profunda y dual influencia de esta revolución, argumentando que su impacto no se limita a una mera actualización de los soportes comunicativos, sino que ha reconfigurado radicalmente la estructura de los medios de comunicación y, de manera concomitante, está operando una transformación silenciosa pero profunda en los procesos de cognición social y en la arquitectura misma de la mente contemporánea.

En primer lugar, es innegable que la era digital ha desmantelado el ecosistema comunicativo analógico. La hegemonía del emisor único (el periodista, el editor, la institución) se ha diluido en un océano de voces donde la interactividad y la horizontalidad son la norma. La inmediatez ha destronado a la periodicidad, y el prosumidor —aquel que consume y produce contenido simultáneamente— ha borrado la línea que separaba al público de los creadores de opinión. Este cambio estructural en los medios no es

neutral; conlleva nuevas lógicas de producción de la verdad, donde el algoritmo [y la viralidad] se erigen como nuevos gatekeepers que filtran y jerarquizan la realidad, a menudo priorizando el impacto emocional sobre el rigor factual.

Sin embargo, el alcance de esta revolución trasciende lo institucional para incidir en lo más íntimo: nuestra manera de pensar, aprender y relacionarnos con el conocimiento. La segunda tesis que sostiene este trabajo es que las transformaciones en la comunicación están induciendo una mutación en la cognición social. La hiperconectividad y la sobreabundancia informativa están reconfigurando nuestra atención, volviéndola más fragmentada y propensa a la dispersión. La memoria, antaño depositaria del saber, delega su función en los dispositivos externos, dando paso a lo que algunos autores denominan "amnesia digital". Asimismo, la construcción de la identidad y la opinión pública ya no se forjan exclusivamente en el debate racional y la experiencia compartida, sino en la exposición constante a cámaras de eco y burbujas filtradoras que refuerzan las creencias preexistentes y polarizan el debate social.

En definitiva, abordar la influencia de la revolución digital en los medios y la mente de la sociedad es adentrarse en el epicentro del cambio civilizatorio (Chul Han, 2022). A lo largo de las siguientes páginas, se explorará cómo este doble proceso —la metamorfosis de la esfera pública mediática y la reconfiguración de nuestros hábitos mentales— no solo define nuestra época, sino que plantea desafíos cruciales para la democracia, la cultura y el futuro de la interacción humana en un mundo saturado de pantallas y estímulos digitales.

La revolución digital y los medios de comunicación

La transición del soporte físico al bit intangible representa uno de los cambios de paradigma más radicales en la historia de la comunicación humana (Tirado et al., 2016). Durante siglos, el ecosistema mediático analógico se sostuvo sobre tres pilares fundamentales: la escasez del canal (ondas hercianas limitadas, papel costoso), la periodicidad (el ciclo del informativo o la edición del día siguiente) y la unidireccionalidad (un emisor profesional para una masa receptora silenciosa).

La irrupción de internet y, posteriormente, de las plataformas sociales dinamitó esta estructura centenaria, instaurando una nueva lógica operativa. Lo digital no solo aceleró los procesos, sino que alteró su naturaleza: la información pasó de ser un bien escaso y contrastado a un flujo continuo, ubicuo y, a menudo, contradictorio (Yánover, 2007). El gatekeeper tradicional (el editor que decidía qué era noticia) fue sustituido por un algoritmo cuya transparencia es opaca y cuyos criterios de jerarquización responden, en gran medida, a intereses comerciales y de retención de la atención.

En este nuevo escenario, las redes sociales se han consolidado como la plaza pública global, pero también como el principal vector de transmisión de una nueva patología comunicativa: la tiranía de la inmediatez. La velocidad se ha convertido en el valor supremo, desplazando a otros como la verificación o la profundidad. El ciclo de la noticia, que antes se medía en horas o días, ahora se mide en segundos; el

tiempo que un tuit tarda en viralizarse o un directo de TikTok en alcanzar audiencias millonarias. Esta inmediatez ha generado un contexto de "presente continuo" donde la memoria histórica se atrofia y la reflexión queda relegada. Como sostiene el teórico Byung-Chul Han, la avalancha de información instantánea no nos hace más sabios, sino más distraídos (Galparsoro Ruiz & Pérez Pérez, 2018).

La competencia ya no es por tener la exclusiva, sino por ser el primero en lanzar una versión de los hechos, lo que ha erosionado la confianza en las instituciones mediáticas tradicionales y ha allanado el camino para la desinformación (Barberá, 2020). El medio, efectivamente, sigue siendo el mensaje, pero hoy el medio es una interfaz líquida, volátil y perpetuamente actualizada que modela una sociedad hiperestimulada pero crónicamente desinformada.

Paralelamente a la mutación de los canales de distribución, la revolución digital ha impulsado una explosión creativa sin precedentes en el lenguaje y la narrativa mediática (Sánchez, 2022). La convergencia multimedia, concepto acuñado por Henry Jenkins, describe este fenómeno donde los viejos y nuevos medios chocan, se fusionan y se resignifican. Hoy, un periódico ya no es solo papel; es un vídeo explicativo en YouTube, un hilo en X (Twitter), un podcast en Spotify y una infografía interactiva en Instagram. Esta hibridación ha enriquecido el relato, permitiendo abordar la complejidad de la realidad desde múltiples perspectivas y formatos simultáneos.

El periodista se ha visto obligado a mutar en un comunicador integral, capaz de escribir, grabar, editar y narrar para audiencias fragmentadas en distintas plataformas. La noticia ya no se "lee" únicamente; se escucha mientras se conduce, se ve en formato vertical mientras se espera el autobús, o se experimenta a través de una inmersión de 360 grados con realidad virtual.

Sin embargo, esta democratización de la creación narrativa tiene una doble filo. Si bien los nuevos formatos han permitido la visibilización de voces periféricas y la creación de comunidades en torno a intereses nicho (desde el periodismo slow hasta el videoensayo en profundidad), también han exacerbado la competencia por un recurso cada vez más escaso: la atención humana.

La necesidad de adaptarse a los formatos breves y efímeros de plataformas como TikTok o Instagram Stories está reconfigurando la estructura misma del pensamiento narrativo (Barberá, 2020). Se impone la lógica del clip, del fragmento viral, del titular impactante.

La profundidad argumentativa propia del largo formato o del documental tradicional se ve desplazada por la estética del loop y la gratificación instantánea. La convergencia, en este sentido, ha creado un ecosistema rico y diverso, pero también profundamente desigual, donde la narrativa más superficial y emocionalmente contagiosa suele tener ventaja competitiva sobre la reflexión pausada, planteando un desafío crucial para la calidad del debate público y la formación de una opinión pública verdaderamente ilustrada.

Impacto en la mente de la sociedad

La revolución digital no solo ha transformado los canales por los que circula la información, sino que ha reconfigurado los procesos cognitivos mediante los cuales la percibimos y procesamos. El paso del modelo de consumo informativo periódico y pautado —el noticiero de las nueve, el diario matutino— al flujo constante y ubicuo de la hiperconexión ha inducido una mutación silenciosa pero profunda en nuestra arquitectura atencional. Vivimos sumergidos en un régimen de interrupción permanente: cada notificación, cada vibración del dispositivo, cada cambio de plano en un reel, entrena al cerebro para esperar y procesar estímulos breves y sucesivos. Como advierte el neurocientífico Earl Miller, el multitasking no es más que un cambio rápido de tareas que fragmenta la atención y degrada el rendimiento cognitivo. La paradoja es evidente: nunca antes habíamos tenido acceso a tanta información, pero nunca antes habíamos sido tan incapaces de sostener la atención el tiempo suficiente para comprenderla en profundidad.

Esta fragmentación atencional ha dado lugar a lo que podríamos denominar una "cultura del zapping cognitivo", donde la superficie sustituye a la profundidad y el vistazo reemplaza a la lectura. El consumo informativo se ha vuelto predominantemente horizontal: se desliza el dedo, se hojean titulares, se reacciona sin leer el artículo completo. Las plataformas digitales, diseñadas por ingenieros de la atención, optimizan sus interfaces para maximizar el tiempo de permanencia a costa de la reflexión. El scroll infinito, los vídeos autoplay y las notificaciones push no son neutrales; constituyen una arquitectura de la distracción que explota la vulnerabilidad de nuestros circuitos de recompensa. El resultado es una ciudadanía hiperestimulada pero cognitivamente agotada, saturada de datos pero huérfana de relatos coherentes. La percepción de la realidad se vuelve entonces fragmentaria, episódica y profundamente moldeable, lo que constituye un caldo de cultivo ideal para la manipulación informativa y la polarización afectiva.

Más allá de los procesos individuales, la revolución digital está redefiniendo los mecanismos mediante los cuales construimos quiénes somos y cómo recordamos nuestro pasado común. La identidad, entendida tradicionalmente como un proyecto narrativo estable y contextual, se ha transformado en la era digital en una performance constante, sujeta a la validación inmediata de la audiencia. Las plataformas sociales operan como escaparates identitarios donde el yo se despliega en múltiples versiones —el perfil profesional, la cuenta personal, el alter ego anónimo—, cada una optimizada para un público y un algoritmo específico. Esta identidad hiperconectada, lejos de ser más libre, queda atrapada en la dinámica del reconocimiento cuantificable: los likes, los shares y los comentarios se convierten en los nuevos termómetros de la validez existencial. La pregunta "¿quién soy?" cede paso a "¿cómo me perciben?", externalizando la construcción del ser y haciéndola dependiente de la aprobación de una audiencia difusa pero omnipresente.

Paralelamente, la memoria colectiva —ese pegamento simbólico que une a las sociedades— está experimentando una transformación igualmente radical. En el ecosistema digital, el recuerdo compartido

ya no se deposita exclusivamente en los archivos oficiales, los manuales escolares o los monumentos, sino en la nube volátil de las redes sociales y los trending topics. Esta digitalización de la memoria implica una paradoja inquietante: por un lado, la capacidad de registro es casi infinita (cada tuit, cada foto, cada comentario queda almacenado); por otro, la sobresaturación de estímulos dificulta la consolidación de narrativas históricas duraderas. Como señala el historiador Andreas Huyssen, vivimos en una cultura del "presentismo" donde el pasado se consume como un producto más, reciclado en memes, efemérides virales o debates descontextualizados. La memoria se vuelve entonces frágil, manipulable y sujeta a las mismas lógicas de viralidad que rigen la información. La lucha por el relato histórico se libra ahora en el terreno pantanoso de las plataformas, donde un bulo bien construido puede pesar más que décadas de investigación académica, y donde la emoción del momento presente arrasa con la complejidad del análisis histórico.

Retos y riesgos de la era digital

Si la revolución digital prometió la democratización del conocimiento y el acceso universal a la información, su principal patología ha sido la proliferación de su antítesis: la desinformación organizada y las fake news. Este fenómeno no constituye una disfunción menor del sistema, sino una consecuencia estructural de las lógicas que gobiernan el ecosistema digital (Pérez, 2011). La misma inmediatez que valoramos, combinada con algoritmos diseñados para maximizar la participación emocional, crea un terreno abonado para que la falsedad viaje más rápido y más lejos que la verdad. Diversos estudios han demostrado que las noticias falsas se difunden de manera significativamente más rápida, profunda y amplia que las verdaderas, precisamente porque suelen apelar a resortes emocionales primarios —el miedo, la indignación, el asombro— que el algoritmo identifica como altamente engagement. En esta economía de la atención, la veracidad se convierte en un obstáculo para la viralidad.

En la actualidad, asistimos a la consolidación de verdaderas industrias de la manipulación mediática que operan a escala global. Las campañas de desinformación orquestadas por actores políticos, corporaciones o gobiernos ya no son una rareza, sino una herramienta habitual de guerra híbrida y control social. La posverdad, definida como la distorsión deliberada de la realidad en la que los hechos objetivos influyen menos en la opinión pública que las apelaciones a las emociones y creencias personales, se ha instalado como régimen discursivo dominante. Este contexto erosiona uno de los pilares fundamentales de la democracia: la posibilidad de un debate público informado. Cuando cada ciudadano puede elegir su propio "conjunto de hechos" en función de su afinidad ideológica, el consenso social se vuelve imposible y la polarización se profundiza. La desinformación no solo confunde; destruye la confianza en las instituciones, en la ciencia y en el propio concepto de verdad compartida, dejando a las sociedades inermes ante la manipulación y el autoritarismo.

La narrativa triunfalista de la revolución digital ha tendido a ocultar una realidad incómoda pero persistente: el acceso a la tecnología y a sus beneficios está distribuido de manera profundamente desigual, generando nuevas formas de exclusión que se superponen a las antiguas. La brecha digital no es un

fenómeno unidimensional, sino un fenómeno estratificado que opera en múltiples niveles. Existe, en primer lugar, una brecha de acceso —la más evidente— que separa a quienes disponen de conectividad y dispositivos de calidad de quienes carecen de ellos, una división que sigue líneas geográficas (mundo rural versus urbano, Norte global versus Sur global) y económicas. Pero incluso cuando el acceso está garantizado, emerge una segunda brecha, más sutil pero igualmente determinante: la brecha de uso y competencias digitales (Gaona-Portal et al., 2024). No es lo mismo tener conexión que poseer las habilidades críticas para navegar, filtrar información, proteger la privacidad o utilizar la tecnología para el aprendizaje y la participación cívica.

Esta doble fragmentación genera un escenario de ciudadanía digital de primera y de segunda. Mientras unos desarrollan las capacidades para aprovechar las oportunidades de la era digital — formación, empleo cualificado, participación política, redes de valor—, otros quedan relegados a un consumo pasivo y acrítico, cuando no directamente excluidos de los circuitos básicos de la vida social y económica. La digitalización de servicios esenciales —la banca, la administración pública, la sanidad, la educación—, lejos de ser neutra, actúa como un filtro que penaliza a los ya vulnerables (Sáez, 2019). La promesa de igualdad que acompañó a la llegada de internet se desvanece ante la realidad de que la tecnología, por sí misma, no elimina las desigualdades; en muchos casos, las reproduce y las amplifica, creando un nuevo vector de estratificación social que amenaza con consolidar exclusiones permanentes en el siglo XXI.

La hiperexposición a las pantallas y a la estimulación digital constante no es inocua para el equilibrio psicológico individual ni para la cohesión del tejido social. En el plano individual, emerge un cuadro sintomático cada vez más documentado por la psicología contemporánea: ansiedad asociada a la presión por la disponibilidad permanente, síndrome de FOMO (fear of missing out) (Santos-Figueroa et al., 2024) o miedo a estar desconectado de la vida social, alteraciones del sueño por la exposición a la luz azul y la estimulación nocturna, y un preocupante incremento de los trastornos de imagen corporal y autoestima, particularmente entre los jóvenes, vinculados a la comparación constante en redes sociales. La dopamina que libera cada like, cada notificación, cada interacción, crea un circuito de recompensa intermitente que puede derivar en patrones de comportamiento adictivo (Durand & Rey De Castro, 2013). El dispositivo, concebido como herramienta, se convierte en extensión casi orgánica del individuo, y su ausencia genera auténticos síntomas de abstinencia.

A nivel social, las consecuencias de esta hiperexposición son igualmente alarmantes. La erosión de la privacidad se ha normalizado hasta el punto de que millones de personas aceptan tácitamente ser el producto que las plataformas venden a los anunciantes, entregando voluntariamente sus datos personales, sus hábitos, sus conversaciones y hasta sus emociones a cambio de servicios gratuitos. La economía de la vigilancia, en términos de Shoshana Zuboff, ha construido un modelo de negocio basado en la predicción y modificación del comportamiento humano, operando con una opacidad y una falta de control democrático inéditas. Además, la sustitución progresiva de la interacción presencial por la mediada tecnológicamente está reconfigurando la esfera pública: el espacio de la plaza, el café, la asamblea vecinal,

cede terreno al foro anónimo, la cámara de eco y la discusión polarizada. La empatía, que se nutre del contacto corporal, la mirada y la voz, encuentra difícil arraigar en el terreno frío de las pantallas. El resultado es una sociedad hiperconectada tecnológicamente pero paradójicamente más aislada, más ansiosa y más vulnerable a la fragmentación.

Oportunidades y transformaciones positivas

Si la revolución digital ha planteado riesgos innegables, también ha abierto oportunidades históricas para democratizar el acceso al saber y revitalizar la participación cívica. Por primera vez en la historia de la humanidad, una persona con conexión a internet puede acceder a una porción significativa del conocimiento acumulado sin necesidad de pertenecer a una institución académica, contar con recursos económicos o residir en un centro urbano (Nagao Menezes, 2021). Bibliotecas digitales, repositorios de acceso abierto, cursos masivos en línea y archivos históricos digitalizados han derribado muros que durante siglos mantuvieron el conocimiento confinado a élites. Esta desintermediación del saber constituye un hito democratizador equiparable a la invención de la imprenta: el conocimiento ya no es un bien escaso que deba ser administrado por custodios institucionales, sino un recurso potencialmente universal que empodera al individuo para aprender, cuestionar y crear más allá de los cauces tradicionales.

Paralelamente, la esfera pública se ha ensanchado de manera irreversible. Las plataformas digitales han facilitado la emergencia de nuevas formas de participación ciudadana que trascienden los estrechos cauces de la democracia representativa tradicional. Los movimientos sociales del siglo XXI —desde la primavera árabe hasta el 15-M, desde Fridays for Future hasta las movilizaciones feministas globales— han encontrado en las redes sociales un megáfono para amplificar sus demandas y un organizador para coordinar acciones colectivas a escala local y transnacional. La ciudadanía ya no es receptora pasiva de decisiones adoptadas en despachos oficiales, sino que puede fiscalizar, denunciar, proponer y movilizarse con una capacidad de agencia inédita.

El periodismo ciudadano, ejercido a través de teléfonos móviles y redes sociales, ha documentado violaciones de derechos humanos, ha destapado corrupciones y ha narrado realidades que los medios tradicionales ignoraban. En este sentido, la revolución digital ha devuelto voz a quienes históricamente fueron silenciados, construyendo una esfera pública más plural, más diversa y, potencialmente, más democrática.

El impacto transformador de la revolución digital encuentra en el ámbito educativo uno de sus terrenos más fértiles y prometedores. La educación, durante siglos anclada en el binomio pizarra-libro de texto y en la transmisión unidireccional del docente al alumno, está experimentando una metamorfosis profunda que trasciende lo meramente tecnológico para interpelar los fundamentos mismos de la pedagogía. Los entornos virtuales de aprendizaje, las plataformas adaptativas, los recursos educativos abiertos y las herramientas colaborativas han expandido las fronteras del aula hasta hacerla potencialmente ubicua. El aprendizaje ya no se circunscribe a un espacio y un tiempo determinados, sino que puede ocurrir

en cualquier momento y lugar, adaptándose a los ritmos, intereses y necesidades de cada persona. Esta personalización del proceso educativo, lejos de la rigidez del currículo homogéneo, permite atender la diversidad y fomentar trayectorias de aprendizaje verdaderamente significativas.

Más allá de la tecnología, lo verdaderamente revolucionario es la transformación del rol del aprendiz. El modelo pedagógico tradicional concebía al estudiante como receptáculo pasivo de un conocimiento depositado por la autoridad docente (Marimon-Martí et al., 2022). La cultura digital, en cambio, sitúa al sujeto como protagonista activo de su propio proceso formativo: busca, contrasta, crea, comparte, colabora. El aprendizaje entre pares, facilitado por foros, comunidades virtuales y redes sociales especializadas, ha demostrado una potencia formativa que las instituciones educativas apenas comienzan a comprender y aprovechar. Proyectos colaborativos globales, intercambios virtuales, aulas sin muros y comunidades de práctica conectan a estudiantes de diferentes contextos culturales y geográficos, construyendo conocimiento de manera colectiva y desarrollando competencias —pensamiento crítico, creatividad, comunicación intercultural— que resultan esenciales para el siglo XXI. La educación digital, bien orientada, no solo transmite información, sino que forma ciudadanos globales capaces de navegar la complejidad y contribuir activamente a la sociedad del conocimiento.

Quizás uno de los fenómenos más fascinantes de la era digital sea la explosión de creatividad colectiva que ha permitido la emergencia de una cultura participativa sin precedentes. La frontera tradicional entre productores y consumidores culturales —artistas consagrados frente a públicos receptivos— se ha difuminado hasta casi desaparecer, dando paso a lo que Henry Jenkins denomina cultura participativa: un ecosistema donde los antiguos consumidores se convierten en prosumidores que no solo consumen, sino que reinterpretan, remezclan, comentan y redistribuyen los contenidos culturales. Las comunidades de fans, los creadores de memes, los youtubers, los tiktokers, los podcasters independientes y los artistas digitales han demostrado que la creatividad no es patrimonio exclusivo de élites institucionalizadas, sino una capacidad humana universal que la tecnología puede liberar y amplificar.

Esta democratización de la producción cultural ha dado lugar a fenómenos como la cultura remix, donde la innovación surge precisamente de la recombinación creativa de materiales preexistentes. Lejos de la concepción romántica del genio creador solitario, la creatividad digital se nutre del procomún, del acervo compartido que se ofrece como materia prima para nuevas creaciones. Las licencias Creative Commons, el software libre, las enciclopedias colaborativas como Wikipedia, los archivos abiertos y los repositorios de dominio público constituyen la infraestructura de esta nueva economía cultural basada en la colaboración y el intercambio. Las industrias culturales tradicionales, acostumbradas a operar bajo la lógica de la escasez y el control de la propiedad intelectual, se ven interpeladas por unas prácticas emergentes que demuestran que la cultura, cuando circula libremente, no se agota, sino que se enriquece y se multiplica.

En este nuevo ecosistema, la diversidad cultural encuentra un espacio de florecimiento: voces periféricas, lenguas minorizadas, expresiones artísticas marginadas por los circuitos comerciales mainstream pueden encontrar audiencia y reconocimiento, contribuyendo a un paisaje cultural más rico, más plural y representativo de la complejidad humana.

Conclusiones

La transformación tecnológica de los medios ha generado un nuevo ecosistema informativo acelerado, fragmentado e híbrido. Este ecosistema, a su vez, actúa como el entorno modelador de la cognición social, produciendo una ciudadanía con una atención dispersa, identidades performativas y una memoria colectiva frágil y volátil.

La revolución digital constituye un punto de inflexión histórico que ha transformado radicalmente los medios de comunicación y, a través de ellos, está reconfigurando los procesos cognitivos, sociales y culturales de la humanidad. Este proceso, sin embargo, es profundamente dialéctico: junto a riesgos estructurales como la desinformación, la desigualdad y las patologías psicosociales, emergen oportunidades históricas para democratizar el conocimiento, innovar en educación y liberar la creatividad colectiva. El futuro de la sociedad digital dependerá, en última instancia, de nuestra capacidad colectiva para potenciar las oportunidades mientras mitigamos los riesgos, construyendo un entorno digital al servicio del bien común.

Referencias bibliográficas

- Barberá, P. (2020). Internet y política: Consecuencias políticas y sociales de la revolución digital. *Revista de las Cortes Generales*, 223-243. <https://doi.org/10.33426/rcg/2020/108/1486>
- Chul Han, B. (2021). *No-Cosas. Quiebras del mundo hoy* (J. Chamorro Mielke, Trad.). Editorial Taurus.
- Chul Han, B. (2022). *Infocracia. La digitalización y la crisis de la democracia* (J. Chamorro Mielke, Trad.). Editorial Taurus.
- Durand, G., & Rey De Castro, J. (2013). Hábitos y trastornos del sueño en rotadores de turnos de trabajo en una fábrica de bebidas. *Anales de la Facultad de Medicina*, 65(2), 97. <https://doi.org/10.15381/anales.v65i2.1397>
- Galparsoro Ruiz, J. I., & Pérez Pérez, R. M. (2018). Revolución digital y psicopolítica: Algunas consideraciones críticas a partir de Byung-Chul Han, Foucault, Deleuze y Nietzsche. *Scio*, (14), 251-275.
- Gaona-Portal, M. del P., Bazán-Linares, M. V., Luna-Acuña, M. L., Peralta-Roncal, L. E., Gaona-Portal, M. del P., Bazán-Linares, M. V., Luna-Acuña, M. L., & Peralta-Roncal, L. E. (2024). Competencias digitales en educación superior: Una revisión sistemática. *Revista Científica UISRAEL*, 11(2), 13-30. <https://doi.org/10.35290/rcui.v11n2.2024.959>
- Marimon-Martí, M., Cabero, J., Castañeda, L., Coll, C., Oliveira, J. M. de, & Rodríguez-Triana, M. J. (2022). Construir el conocimiento en la era digital: Retos y reflexiones. *Revista de Educación a Distancia (RED)*, 22(69). <https://doi.org/10.6018/red.505661>
- Nagao Menezes, D. F. (2021). Revolución digital, economía creativa y economía social y solidaria: Conexiones y contribuciones. *Misión Jurídica: Revista de derecho y ciencias sociales*, 14(20), 214-230.

- Pérez, T. A. (2011). El aprendizaje en la era digital. *Revista Electrónica Diálogos Educativos. REDE*, 11(21), 3-22.
- Sáez, M. R. (2019). La educación constructivista en la era digital. *Revista Tecnología, Ciencia y Educación*, 111-127. <https://doi.org/10.51302/tce.2019.244>
- Sánchez, D. A. (2022). *CONTROVERSIAS SOCIOECONÓMICAS SOBRE LA TECNOLOGÍA. ¿UNA NUEVA ONDA LARGA EXPANSIVA GRACIAS A LA REVOLUCIÓN DIGITAL? 17.*
- Santos-Figueroa, E. M., Córdoba, N., & Álvarez, N. (2024). Relación entre el Síndrome FOMO y autoestima es estudiantes universitarios. *Revista Contacto*, 4(2), 36-46. <https://doi.org/10.48204/contacto.v4n2.6669>
- Tirado, F., Backhoff, E., Larrazolo, N., Tirado, F., Backhoff, E., & Larrazolo, N. (2016). La revolución digital y la evaluación: Un nuevo paradigma. *Perfiles educativos*, 38(152), 182-201.
- Yánover, D. (2007). La revolución digital en los medios. *Chasqui. Revista Latinoamericana de Comunicación*, (97), 76-81. <https://doi.org/10.16921/chasqui.v0i97.416>

Conflicto de interés

La autora de este trabajo declara no tener conflicto de interés.

Información adicional

La correspondencia y las solicitudes de materiales sobre este escrito deben dirigirse al autor al correo electrónico proporcionado.

Las impresiones y la información sobre permisos están disponibles en el siguiente enlace:

https://revistas.up.ac.pa/index.php/contacto/acceso_reuso